

“Hagamos equipo”

PRO y la construcción de la
nueva derecha en Argentina

Gabriel Vommaro
y Sergio Daniel Morresi
(organizadores)

Colección Política, políticas y sociedad

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi
(organizadores)

**“Hagamos equipo”
PRO y la construcción de
la nueva derecha en Argentina**

Luciana Arriondo
Juan R. Grandinetti
Gabriela Mattina
Sergio Daniel Morresi
Gabriel Vommaro

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Hagamos equipo : PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina / Luciana Arriondo ... [et al.] ; coordinación general de Gabriel Vommaro ; Sergio Morresi. - 1a ed. . - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015.
296 p. ; 22 x 16 cm. - (Política, políticas y sociedad ; 18)

ISBN 978-987-630-216-6

1. Partidos Políticos . I. Arriondo, Luciana II. Vommaro, Gabriel, coord. III. Morresi, Sergio, coord.
CDD 324.2

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2015

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7578

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa

Diseño de tapa: Daniel Vidable

Corrección: Gabriela Laster

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Impreso en Docuprint S. A.

Calle Tacuarí 123 (C1071AAC) Ciudad de Buenos Aires, Argentina,
en el mes de septiembre de 2015.

Tirada: 500 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Palabras preliminares	9
Introducción. El PRO como laboratorio político. Aprender un partido a partir de los espacios y las temporalidades de su construcción <i>Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi</i>	11
Capítulo 1. “La Ciudad nos une”. La construcción de PRO en el espacio político argentino <i>Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi</i>	29
Capítulo 2. De “Macri” a “Mauricio”. Una aproximación a los mecanismos de constitución pública del liderazgo político en la Argentina contemporánea <i>Gabriela Mattina</i>	71
Capítulo 3. Contribución a una sociología política de los partidos. Los mundos sociales de pertenencia y las generaciones políticas de PRO <i>Gabriel Vommaro</i>	111
Capítulo 4. “Acá somos todos democráticos”. El PRO y las relaciones entre la derecha y la democracia en Argentina <i>Sergio Daniel Morresi</i>	163
Capítulo 5. De la UCeDe al PRO. Un recorrido por la trayectoria de los militantes de centro-derecha de la ciudad de Buenos Aires <i>Luciana Arriondo</i>	203
Capítulo 6. “Mirar para adelante”. Tres dimensiones de la juventud en la militancia de Jóvenes PRO <i>Juan R. Grandinetti</i>	231
Bibliografía general	265
Notas biográficas de los autores	295

Palabras preliminares

Este libro es producto de un trabajo colectivo de un equipo de investigación radicado en el Área de Política del Instituto del Desarrollo Humano de la Universidad Nacional de General Sarmiento (IDH-UNGS), dirigido por Sergio Daniel Morresi y Gabriel Vommaro. Durante más de cuatro años, realizamos un estudio exhaustivo del partido Propuesta Republicana (PRO), que esperamos se vea reflejado en las páginas que siguen. De este trabajo, en sus diferentes etapas, además de los autores de los textos que aquí se presentan, participaron otras personas a las que no queremos dejar de agradecer: Micaela Baldoni, Luciana de Diego, Dante Ganem, Jéscica Romero, Vicente Russo, Iván Schuliaquer y Mariela Zelenay integraron el equipo que hizo posible la realización de la encuesta a los cuadros del partido, tarea que nos llevó buena parte del año 2011. Al mismo tiempo, algunos de ellos colaboraron en la realización de las entrevistas.

En mayo de 2014, realizamos una jornada de discusión de los primeros borradores de los artículos que integran el libro, y estos fueron favorecidos por la lectura crítica y los comentarios de Martín Armelino, Damián Corral, Mariana Gené, Silvana Palermo y Martín Vicente, a quienes también queremos agradecer por enriquecer nuestro trabajo, aunque desde luego nada de lo que está dicho aquí pueda endosárseles.

El apoyo y las discusiones con nuestros colegas del Área de Política del IDH-UNGS fueron también fundamentales para la realización de este estudio de largo aliento. Sus miradas sobre el fenómeno que tratábamos de comprender fueron imprescindibles para enriquecer nuestra perspectiva. También lo fueron los intercambios con otros investigadores, con quienes compartimos resultados preliminares de nuestro trabajo, así como ponencias y artículos que fueron publicados en estos años. Agradecemos, entonces, a Stéphanie Alenda y sus colegas de la Universidad Andrés Bello, de Chile; Javier Amadeo y Christina Andrews del área de Política de la Universidad Federal de San Pablo; Aldo Ameigeiras y los participantes del seminario del CEIL-PIETTE; Ernesto Bohoslavsky y los miembros del área de Historia del IDH-UNGS; Adriano Codato, Renato Perissinotto y todos los colegas de su observatorio de las élites, de la

Universidad Federal de Paraná, Brasil; Hélène Combes; Julien Fretel; Marcela Ferrari y su equipo de la Universidad Nacional de Mar del Plata; Mariana Heredia y en su nombre a todos los miembros del equipo de estudios sobre las transformaciones de las élites en la Argentina, de la Universidad Nacional de San Martín; Juan Pablo Luna; Marcelo Leiras y los participantes del seminario permanente del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de San Andrés; Michel Offerlé; Pierre Ostiguy; Cristóbal Rovira Kaltwasser; Frédéric Sawicki y Gerardo Scherlis.

Nuestra investigación contó también con apoyo financiero de diferentes instituciones públicas, que han sido y son fundamentales para el sostenimiento de la investigación en ciencias sociales. El Instituto del Desarrollo Humano y la Universidad Nacional de General Sarmiento, mediante sus programas de financiamiento de proyectos y de becarios; la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, con sus proyectos PICT; el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, que nos otorgó un proyecto de investigación plurianual (PIP).

Last but not least, quisiéramos agradecer a los entrevistados, encuestados, observados a lo largo de nuestra investigación: dirigentes políticos, militantes y funcionarios municipales que accedieron a nuestros requerimientos y nos cedieron parte de su tiempo.

Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi

Introducción

El PRO como laboratorio político

Aprender un partido a partir de los espacios y las temporalidades de su construcción

Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi

Un fantasma recorre el mundo de la política: es el fantasma de la crisis de los partidos. Analistas de los medios de comunicación, líderes políticos e incluso especialistas del ámbito académico parecen haber unido sus fuerzas para señalar el problema. ¿En qué país de América o Europa no se ha visto su espectral figura? ¿Qué sociedad no ha sido señalada como una de aquellas en las que –por distintos motivos– la crisis se ha desplegado con mayor virulencia que en otras latitudes? Sin embargo, como han mostrado distintos estudios (Manin, 1992; Ignazi, 1996; Mair *et al.*, 2004), es probable que la crisis tan temida haya sido sobredimensionada. En efecto, a pesar de la presencia de ciertos indicadores vinculados a factores estructurales (como, por ejemplo, la baja en el número de afiliados y la merma en la identificación partidaria de los ciudadanos) y funcionales (tales como la pérdida de capacidad de las autoridades partidarias para seleccionar al personal y marcar la agenda), parece claro que los partidos continúan cumpliendo el rol de representar y articular demandas en las sociedades democráticas. A lo que asistimos, entonces, no es a un derrumbe de los partidos en general, sino a un largo proceso de cambio, a una metamorfosis en las formas de representación que habían sido habituales en los primeros dos tercios del siglo xx.

Al mismo tiempo que conviene tener cautela y no exagerar la idea de un declive global y sistemático de los partidos, debe tenerse en cuenta que, en determinadas coyunturas, se gatillan efectivamente procesos a los que podemos

llamar propiamente crisis, como la que tuvo lugar en la Argentina durante el año 2001. Se trata de procesos de cambio “breves” que se sobrepunen a la metamorfosis que se desarrolla en un tiempo más extenso, en los que se produce un quiebre –o por lo menos un resquebrajamiento– de la relación entre representantes y representados (Pousadela, 2004). En las crisis, una parte importante de los ciudadanos deja de reconocer la legitimidad de los representantes y ya no se limita a rechazar a un partido o propuesta en particular, sino en general a la misma idea de representación política: *¡que se vayan todos!*

Entre la metamorfosis y la crisis no hay una relación lineal, pero se trata de fenómenos que están indudablemente conectados. En buena medida, el pasaje de la primacía de los partidos tradicionales (identificados con el modelo del partido burocrático de masas de Duverger, 1987) a nuevos formatos como el partido profesional-electoral (Panebianco, 1990) y el partido cartel (Katz y Mair 1995) es el paño sobre el cual germinan percepciones en las que la democracia de partidos deja de ser un instrumento de la ciudadanía para controlar a sus representantes y se transforma en un instrumento al servicio de una “clase política” enfocada en su propia preservación y, a veces, también, corrupta e incapaz de resolver los problemas que la sociedad considera más importantes y urgentes (Borchert, 2003).

Como resultado y a la vez como antídoto de la crisis, los partidos tradicionales suelen mutar su fisonomía y su comportamiento, y tratan de establecer nuevos posicionamientos. En el mismo sentido, no es inusual que aparezcan nuevos partidos que, presentándose en principio como externos a la política, buscan establecer formas de organización, de identificación y de vinculación con la sociedad y el Estado que resulten novedosas. Muchas veces, se trata de partidos “personalistas”, estructuras débiles que giran en función exclusiva de la figura de un líder, pero incluso en estos casos no es inusual que emprendimientos que comenzaron de este modo transmuten en organizaciones más robustas (Sikk, 2012). Por otra parte, aunque en ocasiones se ha hecho hincapié en que las crisis suelen dar como resultado la aparición de partidos “antipolítica” o “antisistema”, tanto de tipo libertario-radical de izquierda como de extracción populista-nacionalista de derecha, lo cierto es que el surgimiento de este tipo de partidos suele preceder a las crisis más que ser su fruto y, además, al menos en ocasiones, los nuevos partidos que emergen de las crisis no procuran derrumbar el sistema, sino ingresar en él para transformarlo desde adentro (Ignazi, 1996; Abedi, 2004).

Precisamente en este sentido, el objetivo de este libro es estudiar la construcción de un partido nuevo como Propuesta Republicana (PRO), que tiene

como rasgo identitario, a la vez que como marca de origen y sello de calidad, su misma novedad, que está encarnada con claridad en la idea de “cambiar la política”. Nuestra meta no es simplemente mostrar qué tan nuevo resulta ser PRO o cuán profundo es el cambio que propone cuando es estudiado en profundidad. Lo que buscamos –en cambio– es dar cuenta de los distintos dispositivos y mecanismos que permitieron o facilitaron su surgimiento en un contexto de crisis (que en la Argentina no solo fue política, sino también económica y social) y reflexionar sobre su desarrollo a partir de formas organizacionales e institucionales y de ideas y posicionamientos que son a la vez productores y fruto de un medio partidario complejo y heterogéneo.

Para llevar adelante la tarea, retomamos algunas de las contribuciones de los análisis de tipo institucional que propone la ciencia política, pero lo hacemos desde una mirada, por así decirlo, descentrada. A partir de los aportes de la sociología y de la teoría política, proponemos estudiar el PRO prestando particular atención a su enraizamiento social y a su construcción ético-política. Así, se trata de estudiar, por un lado, los espacios en que PRO recluta militantes, cuadros políticos y visiones del mundo; y, por el otro, el repertorio discursivo, ideológico y moral que el partido moviliza en relación tensa con la tradición política en la que hunde sus raíces –la de la centro-derecha– y en su vinculación con el modo en que la organización se posiciona en el espacio político argentino que ella misma colabora en construir. Ambas dimensiones, así, se articulan respecto de la indexicalidad de este trabajo. La preocupación por el enraizamiento social específico y contextual (no planteado en términos genéricos) y la búsqueda de comprensión de las ideas políticas en relación con un espacio discursivo de posiciones históricamente determinado (y no simplemente ideas en abstracto) muestran la preocupación por colocar el análisis de PRO en la trama histórica de la que emerge. Dicho de modo más simple: la historia cuenta; las relaciones sociales cuentan.

Los partidos en su trama

La dimensión sociohistórica importa en muchos sentidos, pero, de todos ellos, en estas páginas quisiéramos subrayar tres. En primer lugar, el momento de emergencia de una fuerza política configura una estructura de oportunidades políticas particular relacionada con un tipo de distribución de recursos, de acuerdos institucionales y de antecedentes históricos que constituyen en cierta medida una marca organizacional, en especial en términos de construcción or-

ganizativa y de elaboración de marcos (*frames*) morales y cognitivos que regulan la acción de sus miembros. Como se verá en algunos de los trabajos de este libro, la coyuntura de fines de 2001 y los primeros meses de 2002 resulta fundamental para entender el surgimiento de una nueva fuerza política como PRO.

En segundo término, la perspectiva sociohistórica permite mostrar que la construcción de un partido político no se realiza de una vez y para siempre, sino que se despliega como un proceso abierto, inacabado, que dura tanto tiempo como la propia organización. Este desarrollo está enmarcado por las experiencias históricas en las que el partido se reconoce, o frente a las cuales se posiciona como alteridad. En esas experiencias (y particularmente en las experiencias que se configuran en “coyunturas críticas”, Collier y Collier, 1991), el partido va definiendo sus estrategias políticas, sus alineamientos y las luchas por la hegemonía interna que le dan vida en cada una de sus etapas de vida. En este sentido, resulta interesante contrastar los años formativos de una fuerza política —hechos de tanteos, improvisaciones, pasos en falso— con los momentos en los que la organización adquiere cierta consistencia, sus contornos se delinearán más claramente y los derechos de entrada y salida se elevan hasta el punto de convertirse en fronteras de carácter político —e institucional.

Finalmente, la mirada sociohistórica permite vincular el recorrido político, social y discursivo de un partido determinado con actores que lo precedieron, a los que reconoce como antecedentes positivos o negativos. Lo que se obtiene de este tipo de análisis no es solamente la distinción entre lo nuevo y lo viejo (entre las fracturas y continuidades, como se suele decir), sino una mayor comprensión de la vida del propio partido, de las identidades e identificaciones de sus miembros, de sus estrategias y sus posicionamientos en una cartografía política que ellos mismos colaboran en construir, pero de la cual no son arquitectos exclusivos.

En la trama sociohistórica, la aparición de un nuevo partido político no es un rayo en cielo sereno ni puede ser considerada como un factor exógeno de disrupción en un sistema cerrado y estable. Así, los estudios sobre partidos lidian sistemáticamente con la cuestión de la dinámica (la estabilidad, la continuidad y el cambio) de los sistemas, y por tanto con la aparición o desaparición de actores dentro de aquel. La problemática ya fue abordada por quien es considerado el padre de los estudios sobre partidos, Moisei Ostrogorski, a comienzos del siglo xx. Desde un ángulo normativo, Ostrogorski (1993) abogó por una transformación que hiciera a los partidos temporales y con programas a la vez pragmáticos y específicos. Años después, con un enfoque más claramente ins-

titucionalista, Duverger (1987) desarrolló un trabajo seminal que le permitió establecer que los sistemas electorales de representación proporcional tienden a una expansión constante del sistema partidario, una hipótesis que fue explorada en muchos otros trabajos (por ejemplo, Pedersen, 1982; Schlesinger, 1994; Grofman *et al.*, 2008). Más adelante, desde una perspectiva sociológica, se mostró que una vez que los sistemas de partidos son establecidos, las lealtades de los votantes se “congelan” y el sistema tiende a solidificarse (Lipset y Rokkan, 1967). Probablemente por ello, durante un tiempo, se prestó poca atención a la posibilidad de que nuevos partidos políticos pudieran surgir y consolidarse dentro de un sistema existente (Boudon, 1996).

El consenso en torno a una estabilidad perenne comenzó a romperse a fines de los años setenta con la llegada de nuevos partidos con demandas novedosas (como, por ejemplo, los ecologistas), que parecían tener la capacidad de trastocar sistemas partidarios que se habían supuesto estabilizados (Mair, 1997). Unos años más tarde, el interés por los nuevos partidos se incrementó como fruto del surgimiento de nuevas democracias en Europa oriental y América Latina y del éxito de nuevas organizaciones partidarias en las democracias establecidas (por ejemplo, Hug, 2000; Tavits, 2008). Así, en la actualidad, el campo de los nuevos partidos es floreciente y constantemente surgen trabajos que intentan explicar por qué emergen nuevas fuerzas, en qué condiciones se consolidan y –en menor medida– cuál es el impacto de distintos factores (políticos e institucionales) durante los primeros años de su desarrollo (Harmel, 1985; Bolin, 2007). Para el caso argentino, recientemente se ha propuesto un marco de análisis que permite pensar las modalidades de emergencia e institucionalización de las organizaciones políticas en relación con el ambiente (Abal Medina, 2007; 2009), lo que es particularmente pertinente para nuestro objetivo porque permite estudiar la importancia de las características del contexto de emergencia de un partido para entender su devenir ideológico y organizativo.

La amplia literatura disponible sobre partidos puede ser ordenada de acuerdo con distintos criterios. Si la clasificamos según el enfoque teórico-metodológico, es posible distinguir los abordajes institucionalistas (Willey, 1998), los sociológicos (Lipset y Rokkan, 1967), los que estudian las élites de emprendedores políticos (Aldrich, 1995), los que se centran en el comportamiento de los electores (Downs, 1973) y aquellos que lo hacen en el proceso de modernización (LaPalombara y Weiner, 1969). Otra perspectiva permitiría diferenciar los estudios sobre nuevos partidos de acuerdo con el nivel analítico que privilegian: el intrapartidario (Scarrow *et al.*, 2000), el sistémico (Burnham

y Shafer, 1991) o el intersistémico (Aldrich, 1995; Katz y Mair, 1995). Un tercer criterio ordenador podría ser distinguir los trabajos que ponen el foco en la aparición de demandas novedosas en sociedades cambiantes (Inglehart, 1990) y aquellos que se inclinan por estudiar el modo en que los actores responden a esas demandas, que (junto con ciertos condicionantes institucionales) conforma oportunidades políticas que facilitan la emergencia y la consolidación de partidos nuevos (Aldrich, 1995; Kitschelt, 1994; Willey, 1998; Hug, 1996). Por último, Andrés Malamud (1995) ha sugerido organizar las perspectivas teóricas según el punto en el que se concentre la mirada del analista. De este modo, se distinguirían los estudios que abordan los partidos a partir de su base social, aquellos que lo hacen en virtud de su orientación ideológica y, por fin, los que se concentran en la estructura organizativa. Vamos a detenernos un momento sobre esta última clasificación porque, pensamos, nos va a permitir mostrar con más claridad algunas de las particularidades de nuestro propio enfoque.

Aunque la bibliografía que trata de estudiar a los partidos desde su base social es amplia, en su mayor parte gira en torno al clásico trabajo de Martin Lipset y Stein Rokkan (1967) sobre los clivajes sociales. La idea de clivaje (sobre la que volveremos varias veces en este libro) alude a una división social que escinde a los ciudadanos que están a favor o en contra de una determinada cuestión. Más allá de la idea genérica, lo que resultaba crucial en el artículo de Lipset y Rokkan era que, desde su perspectiva, algunos clivajes (centro-periferia, Estado-Iglesia, campo-ciudad, trabajo-capital) habían sido profundos y significativos al punto de fracturar las sociedades y, así, determinar el surgimiento de partidos que reflejaban a las partes. Además, y como ya se señaló antes, estos autores postularon la idea de “congelamiento” de los sistemas partidarios en las sociedades industrializadas: en principio, solo una nueva escisión podría dar lugar a una modificación relevante. No obstante, a partir de la publicación del estudio de Ronald Inglehart (1977) sobre el avance de los valores posmateriales, comenzaron a surgir varios estudios sobre el “descongelamiento” de los sistemas de partidos (Dalton *et al.*, 1984).

En lo que se refiere a los análisis ideológicos, aunque hay una importante variedad de propuestas, la clara y elegante distinción entre izquierda y derecha ofrecida por Norberto Bobbio (1995) es un importante punto de partida para muchos estudios contemporáneos. Bobbio sostuvo que izquierda y derecha se dividían ante todo a partir de sus miradas opuestas acerca de la igualdad. Para los partidarios de izquierda, la igualdad es un valor fundamental que debe ser defendido y, consecuentemente, la desigualdad es un problema que precisa co-

rregirse. En cambio, para quienes adscriben a la derecha, la desigualdad aparece como un resultado (no necesariamente deseado, pero en todo caso aceptable) de la defensa de otro valor: la libertad, que, en las versiones neoliberales, se entiende sobre todo como libertad de mercado. Herbert Kitschelt *et al.* (2010) y –más recientemente– Juan Pablo Luna y Cristóbal Rovira Kaltwasser (2014) han trabajado en definiciones ajustadas de esta distinción, tanto respecto de los líderes partidarios como de los votantes.

Por último, el tercer enfoque recupera los estudios clásicos de Ostrogorsky (1993), Robert Michels (1972) y Max Weber (1998) para enfocarse en el modo en que los partidos constituyen también instituciones que construyen sus propias reglas de funcionamiento y que se autonomizan tanto de los objetivos e intereses como de los grupos sociales que les dieron origen. En este sentido, como sostiene Angelo Panebianco (1990), los partidos deben ser estudiados en relación con las dinámicas internas de distribución del poder y de lucha por el control de la organización –el sistema de acción, los incentivos colectivos y selectivos, las constricciones organizativas–, para luego poner el partido en relación con su medio ambiente.

Varios han sido los intentos de combinar las tres perspectivas que acabamos de esbozar (Malamud, 1995; Abal Medina, 2009). Sin embargo, el diagnóstico de crisis de las ideologías, de la metamorfosis de la representación y del surgimiento de partidos “catch-all” (Kircheimer, 1966) o “profesionales-electorales” (Panebianco, 1990), y más tarde las tesis sobre la centralidad de los partidos “cartel” (Katz y Mair, 1995), es decir, cuyos vínculos con el Estado se estrechan en detrimento de su anclaje en la sociedad civil, tendieron a concentrar la atención en la dimensión organizativa de los partidos y en la dimensión institucional del sistema de partidos y del sistema electoral (Grofman y Lijphart, 1986; 1994; Mainwaring y Shugart, 1997). En este sentido, y como ya se dijo antes, la intención de este libro es recuperar las dimensiones social e ideológica, aunque sin perder de vista, desde luego, la relativa autonomía que una organización política tiene respecto de su enraizamiento social ni los aportes realizados por los estudios institucionales. Para ello, vamos a hacer pie en una propuesta formulada por Frédéric Sawicki (1997) en el contexto de la renovación de la ciencia política francesa en virtud de su articulación con la sociología, la antropología y la historia.

Tomando los aportes de Michel Offerlé (1987), Bernard Pudal (1989) y Mildred Schwartz (1990), Sawicki propuso combinar las perspectivas que denomina “societales” –y que engloban las ideológicas y las sociológicas– con las

organizacionales a partir de dos movimientos analítico-metodológicos. Por un lado, entender los partidos como redes, es decir, pensarlos organizativamente a partir de esta metáfora que permite aprehender las diferentes instancias, formales e informales, de existencia que, en conjunto, aunque a veces sin proponérselo, le dan vida interna. Esta mirada es compatible con la Steven Levitsky (2005) sobre el peronismo, y en general con aquellas lecturas que sostienen que, en virtud del carácter informal de los partidos latinoamericanos (Freidenberg y Levitsky, 2007), es necesario aprehenderlos no a partir de su dimensión organizativa estatutaria, sino de sus instancias de existencia informales, muchas veces poco articuladas, o articuladas de manera “caótica” —una “desorganización organizada”, dice Levitsky (2005) sobre el Partido Justicialista—. Por el otro, estudiar estas redes en sus relaciones con lo que el autor llama el “entorno” o “medio” partidario, es decir, las redes relacionales que se entrecruzan, que están basadas en valores o intereses compartidos, y son “alimentadas mediante interacciones en diversos lugares de sociabilidad más o menos formales: asociaciones, sindicatos, cooperativas, mutuales, cafés” (Sawicki, 2011: 43). De este modo, la organización partidaria deja de ser pensada como un todo cerrado y autónomo, de contornos definidos con claridad. En lugar de ello, el análisis se concentra en la porosidad de las fronteras del partido con otro tipo de asociaciones y espacios de sociabilidad informal que dan vida a la organización, aunque no formen parte de sus estatutos. Con este bagaje, es posible retomar la idea de clivajes de Lipset y Rokkan (1967), pero ya no para pensar la heteronomía de los partidos respecto de clivajes sociales que existirían por fuera de ellos, y de los que estos serían apenas un efecto, sino para aprehender el modo en que los partidos se nutren de medios sociales, de formas culturales que los preceden y los exceden y que, no obstante, articulan y organizan en pos de sus objetivos. Dicho de otro modo: se trata de anclar los partidos en sus medios sociales de pertenencia sin reducirlos a ser reflejos de esos espacios.

La dimensión organizativa e institucional se articula así con la societal (que, recordemos, incluye los aspectos sociales e ideológicos) en virtud de pensar el partido como un conjunto de redes con grado variable de formalidad y de informalidad. Estas redes permiten el despliegue del partido moldeando su vida interna —para las que participan activamente de ella— y soportando los vínculos con otros espacios de los que el partido se nutre. Son también ellas las que permiten la circulación (y entonces la transformación) de ideas, discursos y recursos simbólicos sobre los que el partido va erigiendo (y mutando) su identidad a través de un proceso complejo de interacción con el medio. Esta combinación

de autonomía organizacional y heteronomía social nos permite evitar pensar en los partidos como reflejos supraestructurales de clases o grupos sociales predefinidos. Así, podemos decir que, en cuanto organizaciones complejas, los partidos moldean a la sociedad tanto como son moldeados por ella y, en esa tarea, gozan de una relativa autonomía (Sartori, 2003; Panebianco, 1990) que les permite organizar energías sociales de otro modo dispersas.

El caso de PRO: primeras aproximaciones

¿Por qué estudiar un partido como PRO? La pregunta invita a respuestas variadas que pueden servir como aproximaciones a nuestro objeto de estudio.

En primer lugar, el estudio de PRO resulta interesante porque abre la posibilidad de aprehender un partido nuevo, construido, por así decirlo, “de cero”, y seguir su proceso de despliegue a lo largo del tiempo. Es, entonces, una entrada privilegiada al análisis de la conformación de los espacios sociales, ideológicos y organizacionales a través de los cuales el partido cobra existencia, se desarrolla y eventualmente se consolida.

Venimos repitiendo que PRO es un partido nuevo. Lo es –como veremos en este libro– en varios sentidos. Sin embargo, conviene no exagerar la idea de novedad: PRO se construye en buena medida gracias a la incorporación de dirigentes políticos con abultadas experiencias previas y con retazos de los partidos tradicionales que se encontraban disponibles como resultado de una crisis –que era, a la vez, crisis de representación y crisis de los partidos– que se mostró particularmente fuerte en la ciudad de Buenos Aires, el territorio que los dirigentes de PRO eligieron como espacio de lanzamiento y de construcción.

De lo dicho se desprenden otros dos motivos para analizar el PRO. Por un lado, nos permite aproximarnos al despliegue de un partido local que tiene vocación nacional. De este modo, representa una oportunidad para incorporar los análisis sobre la territorialización del sistema político argentino (Calvo y Escolar, 2005; Leiras, 2007) y los estudios sobre las dificultades de crecimiento que enfrentan los partidos subnacionales (Rodden y Wibbels, 2010). En este mismo sentido, la opción por la ciudad de Buenos Aires, cuyas particularidades sociales y políticas deben ser tenidas en cuenta (De Luca *et al.*, 2002), permitió que PRO se moviese con cierta comodidad en el espacio político delineado por el entrecruzamiento de dos clivajes: el establecido entre la izquierda y la derecha y el que separa la política “alta” de la “baja”, en términos socioculturales (Ostiguy, 2009).

Por otra parte, abordar PRO nos convoca a reflexionar sobre las consecuencias de la crisis de 2001 en la Argentina, que se conecta con la problemática del “descongelamiento” de los electorados (Mair *et al.*, 2004; Dalton *et al.*, 2000) y con los cambios sustanciales en las demandas sociales y en los sistemas políticos (Inglehart, 1990), fenómenos que en la Argentina han sido estudiados a partir de nociones como “ciudadanía independiente” y “electorados fluctuantes” (Cheresky, 2008). En el caso que nos ocupa, además de un “descongelamiento”, se produjo un auténtico colapso del sistema partidario (Dietz y Myers, 2002; Brill Mascarenhas, 2007) que se transformó en una oportunidad estructural (Kitschelt, 1986) para el surgimiento de una nueva empresa partidaria que, al menos desde nuestro análisis, trasciende la categoría de partido personal.

La bibliografía que analiza el PRO como partido, es decir que toma en serio su construcción organizativa y social más allá de concebirlo como el instrumento de una carrera política individual, es aún escasa. Tuvimos así que ir construyendo en el proceso de investigación nuevas herramientas analíticas para dar cuenta de sus particularidades. Sin embargo, entre los análisis que estaban disponibles, uno nos resultó de particular interés y utilidad para comenzar nuestra propia investigación: se trata de un trabajo de Gerardo Scherlis (2008) que intenta conceptualizar los rasgos organizativos de PRO en términos de “partido estatal estratárquico de redes”, estructurado en torno a un liderazgo que controla los principales recursos organizativos y monopoliza las redes territoriales y profesionales. El análisis de Scherlis identifica acertadamente la importante imbricación de PRO con la gestión estatal, aunque soslaya su anclaje en ciertos espacios sociales de los que se nutre de cuadros políticos y técnicos, así como de discursos que contribuyen a su consolidación y perdurabilidad en el tiempo. Esta cuestión, creemos, puede ser mejor abordada por el tipo de estudio que proponemos aquí. Por otra parte, también es importante mencionar el estudio sobre la institucionalidad y la evolución electoral y discursiva de PRO que realizó Gabriela Mattina (2012a), cuyos resultados tomamos como valioso insumo para nuestro análisis.

Por otro lado, a pesar de los análisis más bien críticos de la figura de Macri o de las propuestas políticas de PRO, no existía en el momento de comenzar nuestro trabajo un estudio en profundidad sobre las ideas políticas del partido ni sobre sus vínculos con las tradiciones de derecha. En este punto, el caso de PRO tiene interés por el hecho de que logra doblar una asignatura pendiente que había tenido la centro-derecha en la Argentina: la construcción de un partido competitivo, orientado ante todo a procurar el éxito por la vía electoral

sin aliarse orgánicamente con los partidos tradicionales. Desde luego, otra vez nos encontramos frente a una novedad relativa. Por un lado, algunos partidos provinciales del campo de la derecha habían logrado llegar al gobierno con programas liberal-conservadores (el caso del Pacto Autonomista Liberal de Corrientes), pero siempre se plantearon a sí mismos como alternativas estrictamente locales, sin proyección nacional. Por otra parte, a lo largo de la década de 1980, la Unión del Centro Democrático (UCeDe) fue logrando convertirse en un partido competitivo que pretendía proyectarse allende las fronteras de la Capital Federal. No obstante, la sorpresiva conversión del peronismo a las fórmulas neoliberales y la incorporación de las principales figuras de la UCeDe al gobierno encabezado por Carlos Menem terminaron poniendo en crisis el partido. Más adelante, un ex ministro de Menem, Domingo Cavallo, lanzó el partido Acción por la República, un sello con el que logró hacer pie en Buenos Aires y comenzar a trabajar para construir una opción con miras a la Presidencia de la Nación. Sin embargo, la agrupación giraba exclusivamente en torno a la figura de Cavallo y, por eso, cuando este se incorporó al gobierno del radical Fernando de la Rúa, el partido comenzó a licuarse (un proceso que, naturalmente, se aceleró frente a la incapacidad de Cavallo para impulsar medidas que permitieran capear la crisis económica desatada en 2001). Así, puede sostenerse que PRO es —en cierta medida— heredero de esas experiencias, pero —como se trata de mostrar en los trabajos que componen este libro— no puede reducirse a ellas.

En resumen, podemos decir que PRO resulta interesante porque, al llevarnos a abordar de forma conjunta varias problemáticas (desde la construcción de un nuevo partido hasta los cambios en las ideas y en las prácticas políticas del campo de la derecha), nos habilita a realizar aportes a distintas discusiones y, a la vez, nos provee un prisma para alcanzar una comprensión más amplia y más rica del devenir político argentino de los últimos años. En este sentido, consideramos que PRO representa un valioso laboratorio de experimentación y que el intento de aprehender su entramado contribuye tanto al conocimiento de los partidos políticos como al de los procesos políticos considerados en un sentido más amplio.

Notas metodológicas

La perspectiva analítica que intentaremos aplicar en este libro se vincula con algunas estrategias metodológicas sobre las que quisiéramos hacer unos breves

comentarios. En primer lugar, deseamos subrayar la importancia del estudio de la implantación local de un partido, lo que permite aprehenderlo en relación con su entorno partidario. Como sostiene Sawicki: “aproximándose lo más posible al terreno, vale decir a nivel local, se constata fácilmente la porosidad de las fronteras entre los partidos políticos y su entorno social” (2011: 43). En segundo lugar, la importancia de combinar metodologías que habiliten tanto una reconstrucción de las instancias organizativas del partido, de sus ceremonias y ritos internos o fabricados para aparecer en público, como de sus élites, sus militantes y sus ideas políticas. Por eso, trabajamos con técnicas cualitativas y cuantitativas: observación situada de espacios de sociabilidad y de actos partidarios; entrevistas sobre trayectorias políticas, educativas y laborales de los cuadros y militantes partidarios, así como sobre ideas políticas y visiones del mundo; una encuesta por cuestionario a las élites partidarias que nos permitió objetivar su composición sociopolítica y sus posiciones políticas respecto de diferentes ámbitos de la vida pública; trabajo con archivos: materiales de prensa, documentos partidarios, documentos de fundaciones y ONG cercanas a PRO.

De este modo, este libro moviliza el material empírico recogido en una investigación cualicuantitativa, realizada entre 2011 y 2014, en la que recogimos cuatro tipos de materiales: 1) discursos públicos, programas, apariciones en prensa escrita, volantes y otros discursos partidarios dirigidos al electorado en general, y a los militantes de PRO en particular, a partir de los cuales pudimos reconstruir la evolución programática y de la presentación pública del nuevo partido en relación con los clivajes políticos dominantes en la Argentina (Ostiguy, 2009), es decir, en lo que se refiere al modo en que PRO se construía de manera relacional y era construido por sus adversarios; 2) resultados electorales en distritos social y culturalmente heterogéneos de CABA para identificar la evolución del voto de PRO a lo largo del período en diferentes sectores sociales con tradiciones de voto disímiles, lo que permite ver la naturaleza de la coalición electoral macrista y su “potencial electoral” (Abal Medina, 2002); 3) observaciones de actos, reuniones y eventos partidarios, tanto en épocas electorales como fuera de ellas, a través de los cuales aprehendimos la dinámica de la vida interna del partido, el tipo de militancia movilizada y el “medio partidario” (Sawicki, 2011), la construcción de la imagen partidaria hacia sus adherentes, el tipo de formato de sus rituales y ceremonias, así como la escenificación de las facciones y corrientes internas; 4) indagación cuali-cuantitativa de las características de los dirigentes partidarios y funcionarios de PRO en la CABA, tanto para conocer sus trayectorias sociales y político-partidarias como sus ideas políticas, lo que

nos permitió identificar los recursos con los que cuenta el partido, así como los rasgos de su “coalición dirigente” (Kitschelt, 1994; Abal Medina, 2002). Por un lado, entre los meses de mayo y noviembre de 2011, realizamos una encuesta por cuestionario con preguntas cerradas, semicerradas y semiabiertas a quienes definimos como “cuadros dirigentes” de PRO de la CABA con cargo vigente entre el 1 de mayo y el 10 de diciembre de 2011, fecha en que se inició un nuevo período de gobierno. Se trata de legisladores de la Ciudad, diputados que representan al distrito y funcionarios del municipio, desde los ministros hasta los subsecretarios. Decidimos detenernos en este rango pues se trata de la jerarquía más baja en la administración estatal en la que la totalidad de los ocupantes de los cargos cambian de gestión en gestión, de modo que responden a fidelidades político-partidarias antes que a carreras burocrático-administrativas.

La narración y el análisis de las dificultades para realizar este tipo de trabajo de objetivación estadística de los cuadros políticos dirigentes en la Argentina excederían los límites de esta presentación.¹ Aquí basta con hacer notar que, del universo total de casos identificados (U=76), hemos encuestado a 52 (N=52), es decir, el 68,42%. Para evitar la sobrerrepresentación de ciertos cargos (es sabido que los legisladores son de más fácil acceso que quienes ocupan cargos de gestión), hemos realizado una selección de al menos dos casos por unidad ministerial y al menos el 60% de cada uno de los tipos de cargo cubierto. Por otra parte, en virtud de la comparación con una base de datos que contenía información básica (sexo, edad, nivel de estudios, cargo actual y cargos anteriores), que confeccionamos antes de realizar el estudio cuantitativo, mantuvimos la representatividad de la muestra respecto del universo en cuanto a género y edad. La muestra quedó conformada por 6 ministros (sobre 9 existentes), 3 secretarios (sobre 5), 22 subsecretarios (sobre 31), 4 diputados nacionales (sobre 7) y 17 legisladores (sobre 24). En términos de áreas de incumbencia, el 44,2% de la muestra pertenece al área política; el 28,8, al área de políticas sociales y derechos humanos; el 11,1, al área económica y de recursos humanos y el 7,7, a la de infraestructura, al igual que a la de seguridad y justicia.

Por otro lado, junto con la encuesta, entre 2011 y 2014 realizamos 35 entrevistas en profundidad con algunos de los cuadros de PRO, seleccionados en virtud de su importancia política y de su representatividad sociopolítica (se trataba de trabajar con los cuadros más jóvenes, con las dirigentes mujeres, con cuadros con recorridos políticos disímiles, etcétera). Asimismo, desde el comienzo, y con mayor intensidad en épocas electorales, hicimos observacio-

¹ Sobre esta cuestión, ver algunas anotaciones en Vommaro (2013).

nes de actos públicos y reuniones internas que nos permitieron, por un lado, aprehender los formatos de puesta en escena del partido hacia fuera y, por otro lado, el modo en que se da la sociabilidad entre militantes y entre militantes y dirigentes cuando no se trata de un acontecimiento preparado para ser mediaticizado, es decir, cuando es más accesible ese *entre soi* partidario.

Vale la pena apuntar algunas cuestiones sobre la construcción metodológica de nuestra investigación. Primero, acerca de las dificultades de realizar un estudio sobre un tema “de actualidad”. Esto tiene que ver, por un lado, con el hecho de que el objeto de estudio es a la vez un actor político que se define y es definido en relación con la coyuntura política, y por tanto nuestra intervención analítica dialoga, aunque sea de manera distanciada y crítica, con esas visiones *interesadas*; por otro lado, con la inestabilidad y fluidez del fenómeno en despliegue de manera paralela a la investigación, lo que invita a no cosificar y dar por permanentes rasgos que aún no terminaron de consolidarse, así como a mantener cierta flexibilidad en el análisis que permita incorporar nuevas evidencias e incluso a modificar hipótesis de trabajo “sobre la marcha”.

Segundo, y en relación con el punto anterior, sobre el problema de estudiar actores que trabajan en su presentación de sí. ¿Qué hacer con esas construcciones? Lejos de tomarlas sin más o de considerarlas como pura mascarada, incorporamos en nuestro análisis el modo en que los actores estudiados realizan sus *performances* públicas como parte de los elementos que contribuían a entender el tipo de repertorio de valores, formatos estéticos y morales que ponían en juego. En el mismo sentido, intentamos comprender de qué modo estos formatos se vinculaban con los mundos sociales de pertenencia, es decir, con los espacios sociales en los que el partido se nutre de personal y de recursos materiales y ético-políticos (Vommaro, 2013).

Al mismo tiempo, y como se verá en el capítulo escrito por Sergio Daniel Morresi, nos enfrentábamos a la cuestión de cómo clasificar a PRO en el espacio ideológico. Este punto se relaciona con la tensión entre las clasificaciones del analista y las de los actores. Si PRO, como universo social, es un mundo de sentido ya interpretado por los actores que lo habitan, por hablar como Alfred Schütz (1995), ¿cómo debe proceder el analista con esas interpretaciones? Esta cuestión aparece con particular claridad en relación con la ubicación de PRO en el eje izquierda-derecha. Al comenzar esta investigación, partimos del supuesto de que íbamos a trabajar con un partido de centro-derecha ya que así era posicionado por los análisis de expertos (Sagar, 2009). No obstante, en virtud de sus particularidades, quisimos conocer la autopercepción ideológica

de sus dirigentes. Cuando en la encuesta se les pidió que se posicionaran en una escala de 1 a 10, en la que 10 era la posición más a la derecha, el conjunto de los posicionamientos dio un promedio de 5,6. Conscientemente, los entrevistados eligieron situarse al centro, y en algunos casos manifestaron su descontento con esta forma de clasificación ideológica, a la que asociaban con un esquema “antiguo”, del “pasado”. Este rechazo a la clasificación tradicional en el espectro político está en consonancia con la presentación de sí del partido y de sus dirigentes como situados “más allá de la izquierda y de la derecha”, es decir, como un partido que se define en el hacer y no en la ideología.²

¿Qué hacer, entonces, con la clasificación habitual de este partido en términos de derecha de la que partimos en nuestra investigación? Los científicos sociales no están condenados a reproducir el mundo social tal como es experimentado por los actores y aceptarlo como la única forma válida de representarse ese mundo ni pueden limitarse a reseñar las diferentes “versiones” existentes.³ Pero tampoco deben olvidar que, al intentar clasificar a actores sociales, y mucho más a actores políticos, ellos mismos participan de las luchas políticas que se libran en el mundo social que estudian. No es nuestro objetivo resolver esta cuestión aquí. Lo que nos interesa en esta introducción es plantear que la clasificación de un partido como PRO no es solo un asunto académico. En este sentido, la objetivación que hemos realizado es también (reconocidamente) una cierta forma de intervención, lo que, lejos de ser tomado como un obstáculo al carácter científico de nuestra investigación, ha sido incorporado como dimensión de análisis. Así, creemos que determinar si el PRO es o no un partido “nuevo”—es decir, formado por personas que se “meten” en política por primera vez—o si es o no un partido de derecha es parte del desafío que el analista encuentra en el discurso de los actores estudiados, pero también una herramienta de estudio de los partidos políticos (Offerlé, 1999).

² Quienes prefirieron no posicionarse en dicha escala manifestaron en un 71,4% no asociarse “ni a la izquierda ni a la derecha”. Si los consumos culturales son también un indicador ideológico, la mayor parte de los cuadros encuestados son lectores del diario conservador *La Nación* (54% como primera mención, 48 casos en total) antes que del centrista *Clarín* (40% como primera mención, 37 en total); y del liberal *Perfil* (17 casos totales) antes que del centro-izquierdista *Página/12* (10 en total), que tiene la misma cantidad de lectores que el diario de negocios *Ámbito Financiero*.

³ Esta tensión reaparecerá cuando presentemos los resultados de nuestra encuesta a los cuadros entrevistados. Esta ocasión motivará nuevas reflexiones sobre la relación con los interlocutores de campo.

Este libro

El libro fue concebido como un trabajo colectivo más que como una compilación de textos producidos de manera aislada. El objetivo de abordar desde diferentes perspectivas y dimensiones un objeto complejo y multiforme nos llevó a organizar el presente volumen con el propósito de dar cuenta de este doble carácter, colectivo y complementario, de los textos que lo componen.

Así, está organizado a partir de un esquema que permite al lector comprender, al comienzo, los rasgos más generales del partido y, más adelante, profundizar sobre algunos aspectos puntuales que –desde nuestra óptica– resultan relevantes para la comprensión de PRO y para avanzar con el abordaje teórico que hemos elegido. En este sentido, el primer texto, escrito por Gabriel Vommaro y Sergio Daniel Morresi, se propone, primero, trazar la historia del partido en su contexto de surgimiento así como en su desarrollo histórico posterior; segundo, mostrar cuáles son sus principales componentes en términos de cuadros políticos y facciones internas y de qué manera se integran e interactúan; por último, reflexionar sobre el posicionamiento del partido en el espacio político argentino. A continuación, el trabajo de Gabriela Mattina analiza la construcción del liderazgo de Mauricio Macri como *primus inter pares* del partido. En la intersección entre las estrategias de presentación de sí de este nuevo emprendedor político y el modo en que era definido y clasificado por los actores ya establecidos en el campo político, la autora traza la conformación de Macri como líder partidario, así como el modo en que terminó de delinear su imagen pública de gestor pragmático y eficiente.

Siguen dos textos que trabajan las dos perspectivas teóricas que este libro desarrolla. En el primero, Gabriel Vommaro se ocupa de analizar a los cuadros de PRO con las perspectivas de la sociología política. Por un lado, analiza los mundos sociales de pertenencia en los que el partido se inserta, y propone una definición conceptual de esa idea de mundos sociales de pertenencia como espacios en los que la fuerza política encuentra visiones del mundo y formatos para la acción, marcos de sentido que organizan las interacciones y jerarquías internas y la presentación pública de PRO, así como donde recluta militantes y candidatos de acuerdo con esa definición de principios de justicia que provienen de esos mundos sociales. En este sentido, muestra cómo PRO se encuentra enraizado en el mundo de la empresa y en el del voluntariado profesionalizado y qué consecuencias tiene este enraizamiento en la vida partidaria. Por otro lado, estudia los cuadros del partido en virtud de su momento de ingreso a la

actividad política y los clasifica en generaciones políticas que permiten comprender un tipo de relación diferente, en cada caso, con la actividad y con la organización partidaria.

La segunda perspectiva, la de tipo ético-político, es desarrollada en el capítulo de Sergio Daniel Morresi, que trabaja sobre las ideas y discursos de los dirigentes y cuadros políticos de PRO para mostrar por qué (y en qué sentidos) puede sostenerse que PRO es un partido perteneciente al campo de la derecha y cuáles son las implicancias de esta adscripción. Para ello, presenta primero las diferentes formas de entender la derecha y postula la conveniencia de adoptar un enfoque histórico que permita distinguir las distintas familias de este campo ideológico. Luego muestra de qué modo las ideas defendidas por algunos actores destacados de PRO se acercan a las tradiciones liberal, conservadora y neoliberal. Finalmente, sugiere que el modo en que PRO desarrolla estas ideas de derecha (modo que es en buena medida producto de su relación con otros actores del espacio político argentino) es compatible con un alto nivel de compromiso con las instituciones democráticas, una novedad que resulta auspiciosa para la continuidad del sistema poliárquico, pero que no representa por sí misma una reconfiguración del sistema político argentino.

Los últimos dos textos, en tanto, vuelven sobre estas dos perspectivas. El primero, de Luciana Arriondo, trabaja sobre el modo en que PRO se convirtió, desde su nacimiento, en un espacio de renovación del compromiso militante de antiguos activistas de la Juventud Liberal de la UCeDe, que habían formado parte de su brazo estudiantil, la Unión para la Apertura Universitaria (UPAU), en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA). El texto pivotea así entre las redes sociales que les permitieron a estos militantes mantenerse como un *grupo* y, a más de diez años de su experiencia juvenil, reactivar su compromiso político en una nueva organización, y las tensiones ideológicas de estos activistas, cuya formación era, a la vez, más programática y más militante, y deben lidiar con un partido flexible ideológicamente y que rechaza buena parte del repertorio militante tradicional. Finalmente, el texto que cierra el libro, de Juan Grandinetti, analiza la militancia juvenil de PRO en dos sentidos: por un lado, respecto de la construcción de la juventud y lo juvenil como un valor moral dentro de un partido que se define como nuevo y para el que la idea de cambio y renovación son centrales. El autor nos muestra las tensiones entre estos valores y el rol subordinado que los Jóvenes PRO tienen en la vida partidaria. Por otro lado, se analizan los sentidos de la militancia juvenil de esta fuerza política, las razones para el compromiso político y el tipo

de prácticas que desarrollan en consonancia con cierta visión de la política y de hacer política que coloca a PRO en este lugar de tensión respecto de la tradición partidaria argentina, en la que a la vez se reconoce –es un partido en un sistema plural– y rechaza –como un partido de personas ajenas a la actividad que se “meten en política”.